

LA FALTA DE REPRESENTACIÓN DE LA MIGRACIÓN ECUATORIANA EN LA NOVELA ESPAÑOLA ACTUAL

The Lack of Representation of Ecuadorian Migrants
in the Today's Spanish Novel

David Becerra Mayor

Universidad Autónoma de Madrid (España)

Ángela Martínez Fernández

Universitat de València (España)

Este artículo pretende examinar la invisibilización de la migración ecuatoriana en la novela española actual. Para ello, se analiza, a modo de introducción, la crisis económica que golpeó a la sociedad ecuatoriana en 1999 y que generó, entre otros efectos, la mayor ola migratoria en la historia reciente de Ecuador. Aunque España se convirtió en uno de los principales países receptores de estos migrantes –llegó a recibir una cifra cercana a los 500.000 ecuatorianos–, la literatura española apenas representó sus vidas personales, sus tragedias colectivas. Para explicar esta borradura, el artículo analiza, en primer lugar, la invisibilización general de la clase obrera en la novela española contemporánea y el desplazamiento de los conflictos políticos y sociales por otros asumibles por la ideología dominante. En segundo lugar, se estudia el fracaso de la sociedad española como cultura receptora, incapaz de integrar al migrante como sujeto político más allá de como objeto de políticas públicas, así como la necesidad del migrante de «construir localidad» al margen de la sociedad de acogida cuando su proceso de integración ha fracasado; en estas circunstancias, se hacen imposibles el diálogo y el encuentro entre culturas que podría haber producido un tipo de literatura que describiera las complejas problemáticas del sujeto migrante, más allá de las narrativas desactivadas que conforman las novelas de nuestro corpus. En tercer lugar, el artículo explora cómo los migrantes han sentido la necesidad de buscar otros canales de expresión más horizontales para hacer oír su voz, cuando la literatura se evidencia como un dispositivo vertical y colonial que neutraliza el potencial político que implica contar la propia historia.

Palabras clave

Novela española actual, migración, clase obrera, Ecuador, crisis

This paper aims to analyze the invisibility of Ecuadorian migrants in the contemporary Spanish novel. In order to do so, as an introduction, it addresses the economic crisis that hit Ecuadorian society in 1999, which generated the greatest migration flow of the recent history in Ecuador. Even though Spain became one of the main countries of destination for these migrants (it roughly reached 500.000 Ecuadorians), the Spanish literature hardly ever depicted their personal lives and collective tragedies. So as to explain this erasure, the paper firstly explores the general invisibility of the working class in the Spanish contemporary novel and the displacement of political and social conflicts through other issues acceptable by the dominant ideology. Secondly, it studies the failure of the Spanish society as a recipient culture and its inability to integrate migrants as a political subject, as well as the necessity of migrants to build locality outside of the recipient society when the integration process has failed. These circumstances make the necessary dialogue and encounter between cultures impossible, a meeting that could have produced a type of literature that described the complex difficulties of the migrant subject, further than the neutralized narratives that compose our corpus. Thirdly, the paper examines how migrants have felt the need to look for other channels of expression that pursue horizontality and allow them to make themselves heard, specially since literature appears as a vertical and colonial device that neutralizes the political potential implied in telling one's own story.

Keywords

Spanish contemporary novel, migration, working class, Ecuador, crisis

0. Preludio

Se encontraban en el dormitorio de Olivia, en el apartamento que compartía con otras dos ecuatorianas. Era su primer apartamento de verdad en Europa; al principio había vivido con un montón de chicas, ni siquiera sabía exactamente cuántas, en un piso que no tenía ni cocina porque se había aprovechado todo el espacio para poner camas: un pequeño cuarto de baño y gracias. De todas formas, allí solo se iba a dormir, y en cuanto acababa tu turno de cama tenías que dejarla libre para la siguiente e irte a la calle. En el nuevo apartamento sí había una cocina diminuta, en la que apenas cabían el fregadero y una placa eléctrica doble. Y entre el único armario y la pared de enfrente Olivia casi no tenía espacio para pasar. Pero esas cosas a ella no le importaban: así evitaba la tentación de engordar. (Ovejero, 2007, p. 17).

Este párrafo pertenece a la novela *Nunca pasa nada*, de Antonio Ovejero (2007), y constituye el único punto de partida en nuestro estudio, puesto que podríamos afirmar, aun asumiendo ciertos riesgos, que es la única novela publicada en los últimos años dentro de las fronteras españolas donde el protagonismo recae en el personaje de una migrante ecuatoriana. El texto, que corresponde al segundo capítulo, indaga en las condiciones habitacionales de Olivia, la protagonista, y da paso a un relato de intriga cuya trama se acerca al género policial. El presente artículo comienza, precisamente, con esta «excepción» para dar cuenta de un vacío: el vacío representativo de los migrantes ecuatorianos en la novela española actual. Y es que la literatura española reciente no ha considerado como materia narrativa la oleada masiva de migrantes ecuatorianos que han llegado a España en los últimos años; a pesar de que superan el medio millón, apenas hay rastro de ellos en sus páginas.

Si tuviéramos que sacar conclusiones acerca de los flujos migratorios en España a partir de la lectura de novelas, difícilmente pensaríamos que ha habido un solo ecuatoriano o ecuatoriana dentro de las fronteras españolas en los últimos años. Los motivos responden a un conjunto de problemáticas político-culturales cuya complejidad aquí tan solo se perfila para disparar el debate y localizar varios factores. Este colectivo ha sido invisibilizado y su historia personal –y a la vez histórica– desmerecida o despreciada por la literatura. ¿Por qué estos 500.000 ecuatorianos y ecuatorianas que llegaron a España después de la crisis económica que sufrió Ecuador en 1999 no han dejado huella en nuestra literatura? ¿Por qué ninguna novela –o prácticamente ninguna– se ha detenido a rastrear sus huellas? ¿A qué se debe esta falta de representación de aquellas personas con las que los españoles conviven a diario? ¿Por qué se invisibilizan desde la literatura? ¿Por qué sus vidas fueron borradas de la literatura?

Estas preguntas son las que nos proponemos responder en el presente artículo. Tras mostrar, primeramente, las causas y las consecuencias de la crisis financiera ecuatoriana de 1999, formularemos tres hipótesis con las que trataremos de explicar la ausencia de la migración ecuatoriana en la novela española actual. La primera de ellas tiene que ver con el borrado general de la clase trabajadora en la literatura española actual; la segunda, pensamos, encontraría su explicación en el fracaso de España como cultura receptora en relación con el concepto antropológico de *construcción de localidad* y con los límites de la noción de *ciudadanía* dominante hoy; mientras que la tercera explicación trataremos de buscarla en la propia lógica interna de la literatura en tanto *institución colonial* que excluye –o acaso observa desde un costumbrismo paternalista y vertical– a los sujetos subalternos de su narración, al tiempo que trataremos de explorar nuevas vías de autorrepresentación de los sujetos subalternos que, frente a una literatura que niega su voz, han construido otros espacios de legitimación desde los cuales hacer que su relato sea escuchado.

1. Ecuador: del feriado bancario a la migración

A finales de la década de los noventa, Ecuador vivió una crisis financiera –pero también política y social– sin precedentes, con unas consecuencias devastadoras para el país. Entre sus efectos se cuenta la mayor ola migratoria vivida en la historia reciente de Ecuador. Todo empezó el 6 de marzo de 1999:

El día 6 de marzo de 1999, Ecuador fue estremecido por una suerte de terremoto político, al anunciar el presidente Jamil Mahuad que su gobierno, para frenar la crisis económica, había decretado la imposición de un «feriado bancario», por el cual se congelaban los depósitos privados y se impedía que los dueños de cuentas bancarias pudieran retirar sus fondos. Sin entender todavía lo que ocurría, la ciudadanía se encontró con la imposibilidad de retirar su dinero, realizar transacciones monetarias y sin recursos para atender sus necesidades. (Núñez Sánchez, 2014, p. 13).

El feriado bancario, aunque en principio iba a estar vigente solo un día, finalmente duró más de una semana. Los bancos no volvieron a abrir sus puertas hasta el 15 de marzo. Y antes de su reapertura, el gobierno de Mahuad, del partido Democracia Popular, ubicado en el espectro ideológico del centro-derecha, ya se había encargado de decretar una devaluación monetaria equivalente al 500 %, la desaparición del sucre como moneda nacional y la adopción del dólar como moneda de uso en Ecua-

dor. Lo que sucedió, como señala el historiador ecuatoriano Jorge Núñez Sánchez, fue lo siguiente:

Los bancos y el capital financiero se habían apoderado progresivamente del control del país y habían utilizado el dinero de los depositantes para comprar empresas de todo tipo y tratar de controlar todos los mecanismos fundamentales de la economía nacional. Y paralelamente habían creado todo un tinglado legal para obligar al Banco Central del Ecuador a cubrir sus desbalances y eventuales quiebras, con lo cual quedó listo el escenario para la mayor estafa de la historia ecuatoriana: la quiebra dolosa y sucesiva de 14 bancos, que el gobierno buscó evitar con la entrega de préstamos por siete mil millones de dólares, que los banqueros bandidos se robaron también, para luego fugar del país. Y todo ello ocurría sobre el mar de fondo de una especulación cambiaria creada por los mismos bancos, con ánimo de imponer al país una «dolarización», abandonando la moneda nacional, el sucre. (Núñez Sánchez, 2014, pp. 13-14).

A través del acuerdo alcanzado por los dos grandes partidos nacionales –el Partido Social Cristiano y Democracia Popular–, el Congreso Nacional aprobó leyes para que el Estado se hiciera cargo de la deuda contraída por las entidades bancarias. Los intereses privados de los bancos se pusieron por encima de los intereses de la ciudadanía. Esta medida, que pretendía salvar a los bancos de su hundimiento anunciado, no solo tuvo efectos negativos sobre la población (inflación, desmantelamiento del sector público, pauperización, etcétera), sino que además de nada sirvió para rescatar el sistema financiero ecuatoriano. Finalmente, los bancos quebraron y el Estado tuvo que asumir los costes de la quiebra. El sucre empezó a devaluarse y, como respuesta a la devaluación de la moneda nacional, en enero del año 2000 se decretó la dolarización de la economía ecuatoriana. Fue el comienzo de «la larga y triste noche neoliberal», como denominó a este periodo el economista y posterior presidente ecuatoriano Rafael Correa (2014, p. 53). Las consecuencias sobre la población ecuatoriana fueron nefastas:

Mientras el gobierno violaba impunemente la Constitución y las leyes para imponer la dolarización, contando para ello con la complicidad y aplauso de la burguesía, cientos de miles de ahorristas clamaban en las calles contra esa incautación de sus fondos y exigían la devolución de ellos al cambio existente el día del «feriado». Pero esa agresión contra la ciudadanía se mantuvo e incluso provocó la muerte de muchos ahorristas, que de un día para otro se vieron reducidos a la miseria. (Núñez Sánchez, 2014, p. 14).

La dolarización y los movimientos de especulación financiera que la acompañaron generaron una

fuerte inflación que a su vez incrementó las desigualdades sociales y el empobrecimiento de las clases populares. «A consecuencia de la dolarización, se desató un proceso especulativo que convirtió al Ecuador, hasta entonces el país más barato de América Latina, en uno de los más caros del mundo, todo ello con un tremendo costo social, especialmente para las mayorías populares, que no disponían de un salario», señala Núñez Sánchez (2014, p. 18). Más adelante afirma:

La primera década del nuevo siglo encontró al Ecuador sumido en la desesperanza. No era para menos: el 67 % de la población vivía en la pobreza y un 35 % en la extrema pobreza; el analfabetismo campeaba en el país, pese a los esfuerzos periódicos por reducirlo; el sistema nacional de salud y sus redes conexas habían sido abandonados o desmantelados por las políticas neoliberales; la producción petrolera había decaído en sus volúmenes, aunque una legislación tramposa había incrementado los beneficios para las compañías extranjeras que operaban en el sector; la producción bananera ostentaba cifras crecientes, pero seguía asentada en la miseria campesina e incluso en sistemas casi esclavistas de trabajo infantil (Núñez Sánchez, 2014, p. 28).

La crisis no golpeó a todos por igual: mientras la oligarquía extrajo beneficios de la crisis económica, el pueblo no tuvo más remedio que sufrirla. El presidente Rafael Correa (2014), en su ensayo *Ecuador: de Banana Republic a la No República*, escrito antes de su investidura, describe cómo en «el año 2004, el 20 % más pobre de la población obtuvo tan solo el 2,4 % del ingreso y el 20 % más rico se quedó con el 60 %, mientras que al inicio de la década de los noventa dichos porcentajes eran del 4,4 % y 52 % respectivamente» (p. 65). Lo que evidencian los datos es que «los ya altos niveles de desigualdad estructural tendieron a incrementarse, lo cual demuestra la existencia de mecanismos sociales y económicos que traspasan el peso de la crisis a los más pobres» (p. 65). Atendamos también a otros datos macroeconómicos para obtener el cuadro completo:

El PIB se redujo en 75,3 %, había quebrado el 70 % del sistema financiero, las empresas perdían hasta el 50 % de su patrimonio, la tasa de inflación se acercaba a los tres dígitos, los salarios reales se depreciaban en 11 %, la pobreza urbana ascendía al 46 %, se había producido una devaluación anual del 174 %, el déficit del sector público no financiero ascendía al 4 % del PIB, un número elevado de ecuatorianos perdían sus depósitos bancarios, atemorizados capitales fugaban al exterior y se empobrecían los sectores populares y medios por el desempleo, hechos que provocaron una masiva emigración a Estados Unidos, España y otros países. (De la Torre Arauz, 2014, p. 77).

En efecto, como apunta Patricia de la Torre Arauz, uno de los efectos más visibles de la dolarización fue la emigración masiva. La emigración, que era «un fenómeno antiguo, pero limitado» en Ecuador se convirtió, tras la crisis de 1999, «en una verdadera estampida, que echó a más de un millón de ecuatorianos fuera de su país» (Núñez Sánchez, 2014, p. 15). Rafael Correa sostiene:

Aunque debido al fracaso de las políticas económicas y sociales neoliberales, desde la segunda mitad de la década de los noventa ya se presentaba un fenómeno emigratorio de grandes magnitudes, este problema se aceleró a partir de la crisis de 1999 [...]. Si bien por las deficiencias en los registros oficiales y el elevado número de personas que viajan de manera irregular no es posible determinar con exactitud el número de ecuatorianos que abandonaron el país desde la crisis, varias estimaciones independientes sugieren que salieron entre 300.000 y un millón de ciudadanos. (Correa, 2014, p. 81).

Por otro lado, Correa subraya y aprecia la función que desempeñaron –sin quererlo– los ecuatorianos desde el exterior en el sostenimiento de la economía ecuatoriana. Porque si, por un lado, la salida del país de un importante número de población activa impidió que las cifras de desempleo crecieran de forma insostenible –lo que habría desencadenado una enorme conflictividad e inestabilidad social–, por otro lado, sin las remesas enviadas al país por los y las migrantes, probablemente, la economía nacional habría quebrado. Así lo expone Correa:

A pesar de que decenas de miles de ecuatorianos emigraron dicho año [1999], el desempleo pasó de 6,9 % en 1995 a 14,4 % en 1999 y el subempleo de 45,8 % a 56,8 % [...]. Considerada la cifra de 700.000 emigrantes dada por el estudio de Larrea (2003) y asumiendo que al menos la mitad de los emigrantes era población económicamente activa, significaría que sin la emigración el desempleo abierto en 2005 hubiera bordeado el 20 % de la fuerza laboral, una tasa superior a la de 1999. La emigración ha servido de válvula de escape a problemas sociales de otra forma insostenibles, y las remesas de emigrantes, que pasaron de 201 millones de dólares en 1993 a 2.453,5 millones de dólares en 2005 –cifra mayor que el promedio de las exportaciones petroleras de los noventa–, son las que han evitado el colapso de la economía y de la dolarización ecuatoriana. (Correa, 2014, p. 81).

Ante estos datos tan elocuentes, no debe extrañar la gratitud que el presidente Rafael Correa ha manifestado siempre hacia la comunidad migrante, con la que se ha reunido en repetidas ocasiones en España o en Italia, aprovechando sus viajes oficiales por Europa, dirigiéndose a ellos como «los verdaderos héroes que salvaron al país» (González, 2017).

En términos parecidos a los que ofrecía Rafael Correa, Eduardo Paredes, politólogo y asesor del que fuera ministro de Relaciones Exteriores ecuatoriano entre 2010 y 2016, Ricardo Patiño, afirma, en la entrevista que le concedió a Marta Harnecker (2011) para su libro *Ecuador. Una nueva izquierda en busca de la vida en plenitud*, lo que sigue:

En esa década, dos millones de ecuatorianos salieron del Ecuador, completando un total de tres millones de ecuatorianos fuera del país –que de paso son los que nos mantienen hoy–. No sé si sabes que el segundo rubro más importante de ingresos que tiene el país es el que proviene de las remesas de los migrantes; el primero es el petróleo y muy lejos está la exportación de banano, o de flores, o de camarones, y pare de contar, de eso vive el Ecuador. (Harnecker, 2011, p. 98).

En efecto, como señala el economista Alberto Acosta:

Los ingresos por remesas solo son superados por las exportaciones petroleras, que constituyen el elemento más importante del total exportado [...]. Las remesas sobrepasan a las ventas de banano, segundo producto de exportación, y en los últimos años, incluso han superado a las exportaciones sumadas de varios productos tradicionales (banano, café, cacao, camarón, atún y pescado), así como a las de productos industrializados. (Acosta, 2015, p. 6).

Además, como añade el propio Acosta, las remesas tienen una ventaja respecto al petróleo: la estabilidad: «Mientras la evolución de las exportaciones petroleras ha evidenciado su erraticidad, las remesas no presentan caídas ni cambios bruscos de tendencia» (p. 7).

Sin embargo, aunque el impacto económico de las remesas enviadas por los migrantes fue sin duda positivo, es importante recalcar, con Paredes, los efectos negativos –para la economía y el sector productivo, pero asimismo para el ámbito político y sindical– de una crisis migratoria que dejó a Ecuador sin sus mejores cuadros políticos, pero también sin un gran número de trabajadores cualificados.

De paso digamos que los migrantes no son los más «quedaditos» [con menos iniciativa] de la población, normalmente los migrantes son las más valientes, son los que tienen liderazgos, los que quieren progresar, los que quieren tener mejores condiciones de vida y son fundamentalmente jóvenes. Los más listos, los que eran dirigentes, los que eran secretarios generales de sus sindicatos, los presidentes de comités barriales, los dirigentes de las ligas barriales, esos son los que se fueron [...]. Con estas migraciones perdimos muchos cuadros muy importantes. (Harnecker, 2011, p. 99).

En efecto, como subrayan Manuel Guedán y Caridad Plaza (2008) en su libro *Autorretrato del Ecuador*, «no son los más pobres ni los menos cualificados los que emigran [...], no pueden ser los más pobres porque se requiere una inversión inicial de entre 3.500 y 12.000 dólares, dependiendo del destino» (p. 77).

Como dice Paredes, el hecho de que quienes migraron no fueran los más *quedaditos* tuvo consecuencias para el país, que se quedó sin los mejores cuadros, pero también –y es preciso apuntarlo– para los propios migrantes, que, en el país de destino, tuvieron que realizar trabajos muy por debajo de su formación e incluso tuvieron que ocultar su verdadera formación para encontrar trabajo. Como señala Brad Epps (2005), los migrantes suelen verse obligados a realizar «performative acts by which a person passes, or strives to pass, as conforming to certain norms of identity of behavior» (p. 4). Desde el momento en que una persona cruza una frontera, tiene que aceptar y someterse a nuevas normas, códigos y conductas que, en algunos casos, implican una completa redefinición o reinención de su identidad. Para llevar a cabo una más rápida integración en la sociedad de acogida, el/la migrante disimula todo lo que de problemático pueda tener su identidad real por medio de *actos performativos*. Por ejemplo, por citar solo tres de los casos recogidos por Epps, los enfermos crónicos disimulan su estado y se hacen pasar por personas sanas para no ser excluidos en el nuevo marco laboral y vital en el que se insertan; los homosexuales se adaptan a la heteronormatividad dominante; y aquellos que en su país de origen participaban en la sociedad como sujetos políticos –desde un partido, asociación o sindicato– se convierten en sujetos apolíticos para evitar ser tachados de conflictivos. Pero también la formación y la experiencia laboral pueden resultar un obstáculo y conviene minimizarlas, ya que poseer un título de doctorado o máster para trabajar, por ejemplo, en la construcción o en el ámbito de los cuidados quizás obstruya su contratación, pues el empleador podría pensar que, al ejercer un empleo tan por debajo de su cualificación o expectativas, tal vez generaría frustraciones que, a la postre, podrían desencadenar situaciones de conflicto. Muchos ecuatorianos y ecuatorianas tuvieron que disimular quiénes eran o habían sido para poder ser asimilados más rápidamente por la sociedad de acogida –en este caso, España– o absorbidos por un mercado de trabajo del capitalismo avanzado que, en palabras de Brah (2001), ha fundado una nueva división del trabajo global, incluso dentro de las economías nacionales. En otras palabras:

Peripheralization processes underlying the formation of the Single European Market are realized in

and through processes of gender, “racial” and other modalities of subordination. That is to say that *such economic processes are simultaneously political and cultural*. Slogans such as “they are taking our jobs” are easily mobilized in racialized/patriarchal discourses which, in turn, may articulate with nationalist discourses. (Brah, 2001, p. 224).

A finales de la década de los noventa, Ecuador vivió una crisis financiera –pero también política y social– sin precedentes, con unas consecuencias devastadoras para el país. Entre sus efectos se cuenta la mayor ola migratoria vivida en la historia reciente de Ecuador

Como señala también Žižek (1997), se ha producido, como reacción al nuevo mercado mundial, una «ethnicization of the nation» (p. 42) que excluye de la categoría *nacional* a todo aquel que no encaje en la supuesta etnia de la nación. Los migrantes tienen que rebajar u ocultar, en la medida de lo posible, su *otredad*. La estigmatización del *otro*, construido como aquel que pone en riesgo la estabilidad de la comunidad nacional, es un síntoma del proceso de autocolonización que se está llevando a cabo en el capitalismo avanzado. Siguiendo todavía a Žižek: «The final moment of this process is the paradox of colonization in which there are only colonies, no colonizing countries –the colonizing power is no longer a Nation-State but directly the global company» (p. 44).

España se convirtió en uno de los principales países receptores de migrantes ecuatorianos tras la crisis financiera de 1999¹. Sin embargo, sucedió algo que no podemos sino tildar de paradójico. A pesar de recibir una cifra cercana a los 500.000

¹Según el INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos de Ecuador) de 2001, «entre los años 1996 y 2001, España se convierte en el principal país de destino de la migración de los ecuatorianos con el 49,5 % del total de migrantes, seguido de Estados Unidos, con el 27 % del total, y de Italia, con el 10 % de migrantes internacionales» (VV. AA., 2015, p. 20).

ecuatorianos, según las cifras recogidas en un documento elaborado por la Embajada de Ecuador en España (VV. AA., 2015, p. 33), el pueblo español sabe muy poco de Ecuador y de los ecuatorianos. De este modo lo exponen Guedán y Plaza:

Los españoles casi ni nos dimos cuenta, tal vez por esa forma de actuar discreta, suave casi tímida, que define el carácter ecuatoriano. Pero, poco a poco, se fueron metiendo en nuestras vidas y, de repente, en todas las ciudades españolas, casi en todos los pueblos, el empleado del bar era de Quito, la señora que cuidaba a una anciana era de Cuenca [capital de la provincia de Azuay], el obrero de la construcción de nuestra calle era de Loja, en el mercadillo de los domingos había puestos de kichwas otavaleños... Escuchábamos el acento ecuatoriano en la calle y en los transportes públicos. Las tiendas se empezaron a llenar de productos de allá y, a través de las ventanas, empezamos a escuchar, cada vez más, música ecuatoriana. Con el buen tiempo, el Parque del Retiro de Madrid, la ciudad en la que vive la colonia más numerosa de ecuatorianos, se convirtió en uno de los lugares de encuentro y, junto a los cantantes callejeros, los masajistas, los que hacen mimo o títeres, había grupos de gente que se reunía para charlas y comer el cuy, que enviaba a España una empresa ecuatoriana. (Guedán y Plaza, 2008, p. 11).

Y seguidamente añaden:

Eran nuestros vecinos, cuidaban nuestras casas, a nuestros niños y a nuestros ancianos, pero no sabíamos nada de su país ni de sus costumbres. El Ecuador seguía siendo un gran desconocido, mucho más que la mayoría de los países latinoamericanos, a pesar de que la colonia ecuatoriana en España dobla, por lo menos, a la colombiana, que es la segunda (p. 11).

Miguel Calahorrano, embajador de Ecuador en España entre 2013 y 2017, escribía, con confianza humanista, que el arte y la literatura nos permitirán finalmente conocer las vidas y adversidades de la población migrante:

Posiblemente tan solo la literatura y las artes tengan la noble capacidad de recuperar, en su expresión, aquel enorme y desgarrador drama humano que fueron tejiendo miles de familias venidas desde el Ecuador, migrantes que continuaron su diáspora por todo el territorio español. Sí, literatura y artes son las que pueden captar el sufrimiento, las expresiones del alma humana y, en general, la riqueza, el desafío y la hermosura de la vida. (VV. AA., 2015, p. 6).

Sin embargo, tampoco la literatura –queremos decir la española; la ecuatoriana exigiría otro análisis que no es nuestro propósito abordar en estas páginas– nos ha permitido conocer a nuestros veci-

nos ecuatorianos, sus luchas y sus dramas, personales y colectivos, sus tragedias por tener que abandonar su patria –y a sus familias– mientras el país se derrumbaba por culpa de una crisis financiera que ellos no habían provocado, pero que eran los primeros en padecer.

2. La invisibilización de la clase obrera y el borrado de los migrantes

La desaparición del migrante ecuatoriano en la narrativa española o su escasa representación se corresponde, creemos, con un fenómeno mucho más amplio: el proceso de invisibilización o borrado general de la clase trabajadora en la novela española actual. Mainer y Julià decían a propósito de esta desaparición forzada:

A la vista de muchos de los relatos (y no pocos poemas) citados en la líneas precedentes, un historiador ingenuo de dentro de doscientos años podrá preguntarse con razón [...] si la España de 1985 tuvo proletariado (y no el lumpen que ha atraído progresivamente a los que gustan de sensaciones fuertes), campesinos o clases medias bajas, y si no fue un país exclusivamente poblado de Hamlets pasivos y perplejos, obsesionados por el sexo y la inestabilidad afectiva, analizando eternamente sentimientos equívocos y sintiéndose ahitos de casi todo lo que les rodeaba. (Mainer y Julià, 2000, p. 247).

Si un historiador ingenuo usara, dentro de doscientos años, la literatura –producida sobre todo a partir de 1985– para saber cómo ha sido la sociedad española, difícilmente podría rastrear la existencia de la clase trabajadora (más allá de un conjunto de clichés e imaginarios estigmatizados). La mayoría de migrantes ecuatorianos entran en España directamente como miembros de la clase obrera, independientemente de la cualificación de sus trabajos en su país de origen: «La inmensa mayoría de estos inmigrantes extracomunitarios son retribuidos por debajo de su nivel académico [...]. En España se establecen dos categorías de trabajadores inmigrantes: los buenos, a los que se les llama, y los desheredados, a los que se les explota» (Goytisolo, 2001, pp. 118-119, en Zovko, 2009, p. 195). Así, en uno de los testimonios recogidos en 2017 en el periódico *El Mundo*, Yessica –una mujer ecuatoriana– declaraba lo siguiente: «Los extranjeros vinimos a hacer trabajos que los españoles no querían hacer, pero ahora ya somos un estorbo. Somos mano de obra barata y para un español hacer lo que un sudamericano hacía es ahora una cosa de todos los días» (Terrasa, 2014). Resulta fundamental comprender este proceso –el de la migración como parte de la clase obrera en España–, porque solo

así comprenderemos la falta de representación que se da en las novelas. El borrado narrativo de las y los ecuatorianos tiene que ver con una invisibilización mayor de toda la clase trabajadora. Durante los años ochenta y noventa en España, la cultura de la Transición (CT)² ha estado sometida a un proceso de borrado de los conflictos; la ideología literaria de la CT se ha basado en promover y sostener el consenso que las élites políticas llevaron a cabo en un momento histórico de desigualdad de fuerzas:

Para 1986, el proceso de desactivación está más que completado, ya no hay más cultura que la que crea cohesión social y/o está al servicio del ocio y mercado. El consenso político se apropia de la cultura demandando de ella la construcción de un imaginario de clase media de donde han desaparecido las contradicciones de clase, las relaciones de explotación y los efectos de la precariedad, la pobreza o la marginalidad y, por consiguiente, quien problematice la vida, critique, combata o intente desmontar lo existente será expulsado de la cultura en tanto no responde a los parámetros que el Estado ha establecido sobre lo que va a ser cultura. Lo que sí se ajuste a este programa político se llamará cultura, pero ya solo será propaganda del mismo régimen que la cultura debe alimentar para seguir siendo cultura. Es el triunfo de lo aséptico, lo predecible, lo simplón en un ambiente de feliz europeísmo democrático que lo inunda todo. (Orihuela, 2018, p. 203).

El consenso político, señala Orihuela, se apropia de la cultura para exigirle un relato aconflictivo, un discurso donde aquellas contradicciones que puedan poner en peligro el sistema desaparezcan; en ese ambiente de feliz europeísmo democrático, el carácter problematizador de la novela (dominante) desaparece, dando así lugar a una novela –que podríamos definir como «la novela de la no-ideología» (Becerra Mayor, 2013)– que tiende a desplazar las contradicciones radicales del sistema a favor de una lectura de los conflictos en clave individualista, psicologista o moral. Para llevar a cabo este desplazamiento, la novela no representa clases –compuestas por sujetos históricos determinados por conflictos asimismo históricos–, sino solamente seres humanos aislados, cuyos problemas encuentran explicación en su interior. Las clases no aparecen, solo individuos plenamente autónomos. Pero el borrado va más allá: no solo desaparecen las clases en un universo de individuos autónomos, sino que va desapareciendo también el lugar donde con más fuerza se visibiliza la división social, esto es: el trabajo. Así comienza uno de los poemas de Roger Wolfe (2001, p. 17):

² Usamos aquí el término siguiendo la definición de Guillem Martínez (2012).

Salgo del trabajo. Los huesos, el cuerpo entero dulcemente dolorido, como –a veces– después de un polvo de los buenos. La luna, sajada en dos pedazos, me recuerda el ojo ese famoso de Buñuel, asomada un tanto tenebrosamente por encima de los árboles.

El poema comienza cuando el sujeto lírico ha salido del trabajo. El relato dominante, como el poema de Roger Wolfe, no se desarrolla dentro de los talleres, las fábricas o los restaurantes. La literatura de las últimas décadas, en su afán por disolver los conflictos que pudieran hacer temblar los pactos de la Transición, ha renunciado a sumergirse en la narración conflictiva, en definitiva, en la narración de la clase obrera. Como señala acertadamente Raquel Vega-Durán, el pacto de olvido de la Transición incluyó también el olvido del pasado migrante de España: «It seems that in a process analogous to the “pact of forgetting” of the Transition to democracy, when the post-Franco government decided to ignore its political past to create a new future, Spain has developed a historical amnesia about its own past as a land of emigrants –emigrants who themselves knew what it was like to be an immigrant in another country–» (Vega Durán, 2016, p. XIV).

La segunda hipótesis que planteamos tiene que ver con nuestro fracaso como cultura receptora por no ser capaces de integrar la compleja realidad con la que nos relacionamos. La ideología literaria dominante ha renunciado en gran medida a responsabilizarse del entorno conflictivo (lucha de clases, inmigración, etcétera), es decir, no se plantea como horizonte narrativo convertirse en testimonio de una época y, por tanto, en un espacio textual problemático. Con la llegada del experimentalismo en los años sesenta y sobre todo con el relato democrático de la Transición, la literatura pierde ese cariz testimonial que había adquirido –sobre todo con la novela social y socialista de los años cuarenta y cincuenta– y pasa a ocupar un espacio mucho más desenfadado, evitando aludir a algunas de las mayores problemáticas presentes o haciéndolo solo desde una perspectiva comercial y sentimentalista. La novela dominante, podríamos decir, ya no se pretende como testimonio de los conflictos presentes y se coloca así en un espacio de impunidad narrativa.

Y si buscamos esas claves en la ficción, es seguramente porque no las encontramos en otros espacios. Es decir: la novela [...] ocupa un lugar (cívico, pedagógico, político) que no le corresponde, o al menos no le corresponde tanto. Y si en España la ficción ocupa un terreno ajeno (o al menos no exclusivo), es por la ausencia de otros agentes que llenen ese hueco: las instituciones (las políticas de

memoria son recientes y aun escasas); la enseñanza (generaciones de españoles que hemos pasado por la escuela y el bachillerato sin oír hablar de la guerra); los medios de comunicación (solo interesados en la vertiente más consensual y comercial); y hasta la historiografía académica (que durante mucho tiempo ha mostrado importantes carencias e inercias). [...] Y coloca sobre ella una responsabilidad, por mucho que los autores se quieran irresponsables. (Rosa, 2015, p. 13).

Esa responsabilidad de la que habla Isaac Rosa se elude, en gran medida, en la narrativa dominante, de ahí que convivamos con problemáticas presentes que no traspasan nunca –o casi nunca– a la narrativa. Si aludimos aquí a nuestro fracaso como cultura receptora, es precisamente porque, tanto desde la visión exterior (fin del mito de España como la tierra prometida) como desde la interior (narrativa española), hemos sido incapaces de *responsabilizarnos* con la conflictividad del presente.

Y ese fracaso como cultura receptora en tanto cultura aconflictiva podemos observarlo en los testimonios de los migrantes ecuatorianos. En las últimas décadas, ha tomado forma un relato negativo sobre España que desmonta el mito de la tierra prometida: «La vida en España, para la mayoría de los protagonistas, no ha cumplido con el deseado porvenir. Lo que antes se presentaba como la tierra prometida se convierte en las cárceles y los naufragios interiores de los personajes, cuyas vidas terminan, en ocasiones, en auténticas tragedias» (Zovko, 2009, p. 169). Esa disolución del mito de España como tierra prometida donde es posible prosperar y adaptarse parece haber calado entre algunos sectores de la inmigración ecuatoriana. Sin ir más lejos, un estudio publicado este mismo año (2017) en el periódico *El Mundo* revelaba el siguiente dato: «468.584 (casi nueve de cada diez) eran extranjeros que regresan a sus países [...]. Más de 56.000 ecuatorianos se fueron de España el año pasado» (Terrasa, 2014). Ese relato sitúa a España como país incapaz de involucrar a los y las migrantes que llegan –más allá de incluirlos entre los sectores de clase obrera con salarios peor remunerados– y a su cultura en un lugar desintegrador. Más allá de los escasos ejemplos de novelas que tratan el tema de soslayo (y que después abordaremos), ¿hay un espacio en la literatura producida en España para ahondar en los motivos y las causas del rechazo hacia los migrantes?, ¿por qué los productos culturales no han sido capaces todavía de ahondar en una visión más compleja de estas cuestiones visibilizando, por ejemplo, los colectivos barriales que trabajan para la integración

de las capas migratorias?³ ¿Por qué no ahondan las novelas españolas en la relación problemática que se da entre la clase obrera inmigrante y los españoles? Ese abismo entre realidades conflictivas podemos verlo, sin embargo, en los escasos testimonios de los y las migrantes en España. La declaración de Marta, una mujer interna que llegó a España hace nueve años, deja entrever en tan solo tres páginas de declaraciones una serie de problemáticas latentes y colectivas al resto de migrantes:

¿Por qué los empleadores nos dejan al cuidado de sus seres queridos, pero jamás nos prestarían sus coches para dar una vuelta? [...]. Me marché de Colombia, mi país natal, cuando mis hijos solo tenían 13 y 14 años. Y, durante mucho tiempo, apacigué mi sentimiento de culpa con envíos de dinero. Ahora sé que aquello, y pese a haber renunciado a muchos días libres para enviar todavía más dinero, jamás supliré el tiempo que he pasado lejos de ellos. [...] Aunque sus empleadores no puedan imaginárselo, muchas han completado estudios universitarios en sus países de origen. [...] Al pasar 24 horas en su domicilio, creen que pueden disponer de todo el tiempo. [...] Durante el internamiento, las trabajadoras nos olvidamos de nosotras mismas. Nos volcamos tanto en el cuidado de los demás que apenas vivimos experiencias propias. [...] Desde aquel momento supe que lo más duro de nuestro trabajo es poner nuestra vida entre paréntesis. [...] Nadie cuida a la que cuida. (Arboleda, 2016).

La desconfianza entre empleado-empleador, la distancia de clase y cultural entre ambos, el desplazamiento de los cuidados y la vida al servicio de «otras» familias⁴, la todavía presente división laboral

³ Otra excepción que vuelve a confirmar la regla: la novela *En mar abierto* de Eduardo Romero (2016), escritor y activista de distintos movimientos y plataformas contra el racismo, los vuelos de deportación o los CIE (Centros de Internamiento de Extranjeros). En la novela de Romero –publicada por la editorial Cambalache, de Oviedo, en 2016–, el total del *dramatis personae* lo componen migrantes –no entra en nuestro corpus, porque ninguno de ellos es ecuatoriano/a–. La novela pone especial atención a africanos y africanas, pero también ocupa un papel destacado en la novela una mujer peruana, Jenny, que ejerce trabajos ligados a los cuidados y la limpieza. La novela de Romero es un texto que no solo representa al migrante, sino que además lo describe en medio de un contexto de violencia y explotación, sin desplazar el conflicto ni las contradicciones, sin acudir a un relato humanista que pretenda idealizar al emigrante, prescindiendo de la situación en la que se encuentra. *En mar abierto* no ofrece un discurso paternalista, vertical, donde se nieguen los conflictos que habitualmente se vinculan a la migración –tráfico de drogas, delincuencia, etcétera–, más bien reconoce su existencia para, a partir de allí, a partir del reconocimiento del conflicto, poder trabajar, desde la literatura, para resolverlo políticamente.

⁴ Como sostiene Silvia Federici (2013), el desplazamiento de los cuidados repercute negativamente en la familia de la que procede la cuidadora, pues, como señala Silvia Federici, «la “solución” de traspasar esta carga a otras mujeres, tal y como se está haciendo hoy en día, tan solo crea nuevas desigualdades entre las

entre hombres y mujeres en el terreno laboral-doméstico, la renuncia a la entidad como persona para pasar a ser «interna», el suspenso de la identidad y la total despreocupación por la oleada de mujeres migrantes que llegan a nuestro país son solo algunas de las problemáticas que estallan a primera vista cuando deciden testimoniar su experiencia en España.

Además de todo ello, nuestro fracaso como cultura receptora se debe también a no haber sabido establecer los vínculos necesarios entre las problemáticas de ambos países. Decíamos que nuestra narrativa no ha establecido –ni parece que vaya a hacerlo– puntos de unión con las problemáticas del pueblo ecuatoriano: ¿cómo es posible que una crisis como la que sufrió Ecuador en 1999, basada en una estafa del sistema bancario y la privatización del sistema sanitario, no haya tenido ya un relato comparativo con la crisis española de 2008? Dentro del fenómeno de las «novelas de la crisis», que viene proliferando en los últimos años, la narrativa española no ha explorado la conexión con la crisis ecuatoriana del noventa y nueve ni con las similitudes sociales que se dan entre ambas. Los ecuatorianos y ecuatorianas en las novelas no aparecen como sujetos cuya crisis devino en un proceso colectivo de emigración similar al nuestro, sino como «extraños» en segundo plano convertidos en mano de obra barata. Se produce, por tanto, un extrañamiento hacia ese colectivo migrante que viene golpeado por una crisis: sus historias, la complejidad social de su emigración y llegada a España resultan ser material ajeno a nuestra narrativa. Del mismo modo que escasean novelas narradas en primera persona por albañiles o camareras, también escasean las novelas donde el protagonismo reside en el migrante. ¿Está nuestra literatura, entonces, habitando un ámbito restringido de confort? ¿Está renunciando a testimoniar la complejidad de nuestro presente a pesar de que una tercera parte del país está compuesta por migrantes? Ahora bien, no solo se han omitido los vínculos conflictivos que podrían unir la realidad española en crisis con la realidad ecuatoriana del noventa y nueve, sino que se ha borrado la memo-

mujeres y alarga la crisis reproductiva, al desplazarla temporalmente sobre las familias de aquellas mujeres que trabajan como cuidadoras asalariadas» (p. 179). De este modo, la cuidadora asalariada descuida su propia familia mientras cuida, a cambio de un salario, a la familia que la contrata. Además, el «trabajo afectivo», relativo a los cuidados, se ha transformado en un empleo precarizado que solamente aceptan aquellos que no pueden optar a otro tipo de empleo, por supuesto mejor remunerado, como explica Hochschild (2003): «El cuidado de niños y ancianos parece haber descendido de categoría en cuanto a los honores y la recompensa monetaria, y se ha transformado en un trabajo del que es preciso salir o que debe dejarse vacante para quienes no logran conseguir un empleo mejor» (p. 13).

ria de la emigración española en Francia y Europa en las décadas precedentes:

Es curiosa en este contexto la observación de Goytisolo en su ensayo *Españolas en París, moritas en Madrid*, en el que hace referencia a un manual francés del año 1964, *Guide bilingue ménager*, con el dibujo de una española con delantal y cofia, donde se advierte al que contrata a las chicas españolas para el servicio doméstico que no se inquiete «si un día encuentra su cocina invadida por un grupo de amigos o parientes españoles, recién llegados a Francia sin nada para comer, ni dónde dormir [...] pero sobre todo no piense que tiene que hospedar, a la fuerza, a toda España y que los españoles son unos invasores y unos frescos...» (Goytisolo, 2001, p. 190), destacando de esta manera que España hasta hace poco ha sido un país de emigrantes. (Zovko, 2009, p. 166).

Podríamos, por tanto, concluir aquí aludiendo a lo siguiente: la falta de representación de los migrantes ecuatorianos en la novela española actual obedece a una más amplia y general falta de representación de la clase obrera en la producción literaria del capitalismo avanzado en España. La conclusión nos permitiría encontrar una respuesta en la estructura ideológica dominante que borra o invisibiliza a la clase obrera al tiempo que diluye los conflictos sociales y políticos en una suerte de problemática individual o subjetiva, donde la noción de «clase» puede perfectamente ser eludida debido a que el conflicto descrito no encuentra su respuesta en un *nosotros*, sino en un *yo* aislado. Sin embargo, esta conclusión, aunque válida, no contemplaría –o dejaría escapar– el elemento que define y delimita una parte específica del borrado general, es decir, las 500.000 personas que viven y trabajan en España en la actualidad y que no *existen* en/para la literatura española. Hay que complementar, pues, nuestra primera hipótesis proponiendo una nueva hipótesis que atienda más específicamente a nuestro objeto de estudio.

Como señaló el antropólogo ecuatoriano César Sánchez Arcos en su conferencia titulada «Los que llegan: apuntes sobre la migración de poblaciones ecuatorianas hacia España», que ofreció el 12 de noviembre de 2015 en el Museo Nacional Antropológico de Madrid, en el marco de la exposición *Personas que migran, objetos que migran... desde Ecuador*⁵, los migrantes –sobre todo cuando no se sienten bien recibidos por el país receptor– tienden a «construir localidad» (Sánchez Arcos, 2015). Dentro de las ciudades españolas se configuran ve-

⁵ La exposición tuvo lugar entre el 18 de noviembre de 2015 y 7 de febrero de 2016.

cindarios donde la casi totalidad de los habitantes comparten nacionalidad, donde se fundan comercios con productos procedentes de su país de origen, restaurantes con la gastronomía de su tierra, etcétera, y donde además se crean redes –profesionales, comerciales y personales– que sustituyen al sistema burocrático e institucional del país de recepción que, de un modo u otro, les excluye. Es una forma de protegerse y de crear redes de apoyo y solidaridad en un mundo marcado por la hostilidad y el rechazo. Esta «construcción de localidad» no debe interpretarse, en opinión de Sánchez Arcos, solamente cómo una recreación ideal y nostálgica del lugar de origen del migrante⁶, sino como una respuesta a la dificultad que encuentran los migrantes a la hora de integrarse en el nuevo país. La «construcción de localidad» provoca, de forma colateral, que la interacción entre los migrantes y los ciudadanos del país de recepción sea mínima o escasa. Como dice Vega-Durán, «the self-construction of Otherness is a defense mechanism against rootlessness. The Spaniard's refusal to accept immigrants reinforces the desire and need of immigrants to belong somewhere» (2016, p. 184). Pero, sobre todo, en nuestra opinión, deriva de la falta de políticas públicas de integración que les permitan convivir con la población autóctona en condiciones de igualdad.

La necesidad de recrear su localidad en suelo extranjero se debe principalmente a que los migrantes no se reconocen como ciudadanos de pleno derecho, ni siquiera en el caso de que sí lo sean desde un punto de vista legal (cuando han llegado a obtener la nacionalidad española, por ejemplo). Como apunta Carlota Solé (2011) en *Inmigración y ciudadanía*, donde apuesta por una «transformación radical del concepto de ciudadanía» (p. 13), el derecho a la ciudadanía debería vincularse a la residencia y disociarse de la nacionalidad. De este

⁶La reconstrucción nostálgica es común –señaló Sánchez Arcos– a todas las personas que migran emigran, «se llevan consigo una manera de ser, de estar y de percibir el mundo. Todas las personas inmigrantes 'reconstruyen' de alguna manera un entorno que le sea familiar y que les ayude a relacionarse en el nuevo contexto». Lo interesante es observar, continúa señalado Sánchez Arcos, el modo en que se recibe esa construcción de localidad por parte de la población autóctona: si los alemanes se apropian de una zona costera y abren negocios y restaurantes a su medida, se observa de forma positiva, porque su presencia reactiva la economía; pero «cuando se trata de una persona proveniente del 'tercer mundo' pesa sobre ella todo el discurso global de un mundo en donde hay ganadores y perdedores, buenos y malos, mejores y peores. Como viene de un lugar que civilizatoriamente es considerado inferior, que se le presuponen 'malas costumbres' y vicios variados, entonces su reconstrucción no es bien vista. Ahí radica el problema actual de la migración, los que llegan del sur son inmediatamente 'vestidos' de malos y colocados al margen como un problema» (Entrevista con el autor).

modo, «la homogeneidad cultural deja paso a la pluriculturalidad. Los inmigrantes contribuyen a construir esa nueva realidad pluri e intercultural, por cuanto aportan sus tradiciones, creencias y valores; y a la vez se integran en un contexto heterogéneo, no excluyente» (p. 14). Más allá de la lógica multiculturalista, tan criticada por Slavoj Žižek (1997), que diluye y desplaza lo conflictivo, se trata de reconocer la existencia de un nuevo escenario político habitado por gentes política y culturalmente diversas, cuyos problemas y conflictos deben reconocerse como políticos para solventarse políticamente. En la actualidad, el/la migrante puede llegar a tener derecho al voto e incluso derecho a recibir subsidios y ayudas públicas por parte del Estado; es un objeto de la política, pero no es un sujeto político. Frente a esa actitud paternalista y vertical de la sociedad receptora, debemos apostar por la atribución de derechos políticos de los y las migrantes, es decir, permitir su participación activa en la construcción de la sociedad.

Como señala Kishor, un migrante ecuatoriano entrevistado por Manuel Guedán y Caridad Plaza (2008) en su libro, «el español es consciente de que se necesitan trabajadores, pero quiere ver al emigrante en la obra, en el servicio doméstico o cuidando a sus ancianos y a sus niños y no le gusta tanto verle en las calles o en los bares. No quiere que se mezcle» (p. 71). Erick Jativa, otro ecuatoriano entrevistado, «lleva siete años en España, tiene la nacionalidad española y cree que nunca conseguirá ser considerado como un español, siempre le verán como un emigrante» (p. 71). Sus palabras son muy significativas:

Los que vienen tienen muchas necesidades –dice–, nadie se ocupa de su integración y el español de a pie no acepta que estemos aquí. Hay xenofobia y racismo y se identifica al emigrante con el delincuente. Mucha gente cree que venimos a quitarle los puestos de trabajo y a utilizar la Seguridad Social. No son todos así, tengo muchas amistades que no piensan de esa manera y conozco a gente que ha formado familia con ecuatorianos, pero, en general, no ha desaparecido el estigma y se sigue viendo al emigrante como un intruso (Guedán y Plaza, 2008, pp. 71-72).

Intrusismo, falta de integración, racismo y xenofobia, no hay mezcla⁷. El/la migrante ecuatoriano

⁷Sin embargo, hay que insistir en que, cuando esa mezcla existe, los inmigrantes ecuatorianos se integran –en su mayoría– en de la amalgama de la clase obrera dentro de las fronteras españolas. Por tanto, no solo comparten con ella su calidad de *invisibles* dentro de la literatura actual, sino que además conviven en los espacios físicos (barrios, fincas, supermercados, puestos de trabajo, etcétera) y es, en gran medida, esta clase obrera blanca en

construye su localidad cuando no logra integrarse; no por falta de interés por su parte, sino por rechazo de la comunidad receptora o por falta de mecanismos democráticos y horizontales que se lo permitan. La construcción de localidad es un síntoma del rechazo. En las ciudades se construyen fronteras simbólicas que dividen de forma clara la población, una frontera que los migrantes no pueden cruzar salvo para ir a trabajar, pero después tienen que volver a sus casas, situadas en barrios claramente separados de la población autóctona. La población autóctona ha construido una *barrera inmunitaria* para protegerse de aquel a quien estigmatizan como el *otro*, un *otro* que puede poner en riesgo su comunidad con su cultura *otra*, sus costumbres *otras*, etcétera.

Esta barrera inmunitaria es lo que ha impedido la mezcla, la integración, el diálogo y el encuentro. Hemos visto ir a trabajar a los ecuatorianos y ecuatorianas, pero –como señalaba Kishor– no los hemos visto en nuestras calles. Ellos han construido las suyas y así, para el discurso público en España, sus relatos han sido condenados a la inexistencia hermenéutica. Sabemos que han existido, pero sus vidas han carecido de significado.

3. Contra la literatura, el sujeto subalterno rompe a hablar

Dentro del escaso número de novelas españolas donde aparecen los migrantes ecuatorianos, debemos resaltar varios casos: por un lado, el de aquellas novelas donde el personaje procedente de Ecuador no cumple un papel protagonista. Sería el caso de novelas como *Una palabra tuya*, de Elvira Lindo, donde se ficcionaliza la vida de dos barrenderas de la Comunidad de Madrid. En esta novela, aparece durante varios párrafos en segundo plano la figura de la mujer ecuatoriana que cuida al tío de una de las protagonistas. Su papel es completamente pasivo y sirve para justificar el estado en el que se encuentra el hombre. Lo mismo ocurre en la celebrada *Patria*, de Fernando Aramburu, donde una ecuatoriana cuida a la hija minusválida de una de las familias protagonistas; o en la novela de Sara Mesa, *Cicatriz*, donde aparece en un momento concreto

España la que reproduce el discurso racista que legitiman y construyen las instituciones –ya sean los aparatos ideológicos del Estado o la ideología cultural dominante–. Es este un aspecto que no debemos perder de vista, ya que ese rechazo en muchos casos explícito –barrios y fincas enteras habitadas por inmigrantes están en los límites colindantes de las grandes urbes– lo comparan con una clase obrera mayor que, en lugar de integrarlos en su «localidad de clase», los expulsa y reproduce comportamientos clasistas y/o racistas aprehendidos del entramado ideológico que domina en España.

La falta de representación de los migrantes ecuatorianos en la novela española actual obedece a una más amplia y general falta de representación de la clase obrera en la producción literaria del capitalismo avanzado en España

una mujer ecuatoriana dedicada al cuidado de un hombre mayor. En *El viaje a pie de Johann Sebastian*, de Carlos Pardo, dos mujeres, una hondureña y otra ecuatoriana, cuidan de la madre enferma del protagonista. La representación más habitual suele estar relacionada con el desplazamiento de los cuidados y la figura femenina ahí ocupa un lugar central, aunque en ningún caso esa realidad es motivo de disquisiciones o interrogaciones políticas sobre las implicaciones que tiene: «En cuanto a las mujeres protagonistas, muchas de ellas son asistentes del hogar (Danires, Olivia, Aisha, Adela, Elena), otras cuidan de las personas mayores (Somaira, *Una tarde con campanas*); a la prostitución están dispuestos a dedicarse Kyril, Boo e Irene, a la delincuencia Kyril (tráfico de coches robados) y a los trabajos ilegales Boo, que participa en luchas clandestinas» (Zovko, 2009, p. 166). Como señala Marco Kunz (2002), en la caracterización del personaje del inmigrante hay «algo imprudente e irreflexivo» en la construcción de «una imagen simplificadora» del inmigrante (p. 112). Y añade:

La adopción acrítica e indiferenciada o la reproducción semiconsiente de ideas estereotipadas, negativas o positivas, es uno de los defectos principales de la representación de la problemática inmigratoria actual en la literatura española contemporánea (p. 113).

En opinión de Marco Kunz:

La literatura debería mostrarse a la altura de su responsabilidad y cuidarse de confirmar –aunque lo haga solo de una manera muy moderada y seguramente sin malas intenciones [...]– los prejuicios que nutren la desconfianza, el menosprecio, el rechazo y, en una minoría extrema, el odio que conduce a la violencia racista (p. 112).

Hay, sin embargo, excepciones: la novela de Belén Gopegui titulada *El padre de Blancanieves* in-

cluye la figura de un trabajador ecuatoriano que, si bien no asume un papel protagonista, sí se convierte en el eje político de la narración. Lo que sucede es que este trabajador inmigrante, repartidor en un supermercado, tiene un fallo en el reparto del pedido y la clienta afectada decide quejarse a la empresa contratante. Esa queja supone su despido inmediato; el trabajador, al enterarse de que su despido ha sido motivado por la queja de una clienta, empieza a acosar –en cierto modo y en una suerte de «escrache» individual *avant la lettre*– a la mujer responsable de su despido. La novela trabaja en clave política las implicaciones que los individuos tienen sobre las vidas de los demás: su continuidad en el trabajo o su repentina precarización dependen de una queja formulada en un momento puntual. Así, la ficción indaga en las responsabilidades colectivas e individuales entre clases sociales y miembros de realidades vitales distintas.

En segundo lugar, podríamos incluir las novelas donde el/la migrante ocupa un papel protagonista, como *Nunca pasa nada*, de José Ovejero (2007). En ella se narra la situación de Olivia, una asistente doméstica ecuatoriana que viene a España para poder pagar la operación de su madre. Ya desde las primeras páginas de la novela se dibujan dos de los ejes fundamentales en la caracterización de la mujer: por un lado, el recuerdo nostálgico de su país y su familia, el abandono irrenunciable a todo el universo vital y social que allí tenía: «Por todos estos motivos, los inmigrantes se refugian en los recuerdos de su pasado en su país, en la nostalgia (que combaten con el único deseo de poder volver) y en las reuniones con sus paisanos. Al final, todo se resume en que el único paraíso es el que se pierde al abandonar la infancia» (Sorel, 2000, p. 31). Y por otro lado, la condición vital actual en la que habita: pisos compartidos con personas migrantes. «Olivia, que al principio había vivido con un montón de chicas, ni siquiera sabía exactamente cuántas, en un piso que no tenía ni cocina porque se había aprovechado todo el espacio para poner camas: un pequeño cuarto de baño y gracias» (Ovejero, 2007, p. 17) y «donde existía incluso el turno para dormir en una cama, al final consiguió convivir con solo dos chicas ecuatorianas, en un piso diminuto» (Zovko, 2009, p. 167). Lo que hace la novela de Ovejero es crear el retrato de una limpiadora ecuatoriana a partir de una novela híbrida que podríamos ubicar dentro del género policiaco.

Resulta baldío centrar nuestro análisis en una única novela (técnicas narrativas, análisis de personajes, etcétera), pero si la traemos a colación es precisamente para ejemplificar cómo hay un extrañamiento ante este tipo de narrativas donde la migrante pasa a tener un papel protagonista y abandona su calidad de personaje pasivo dentro

de la literatura española. *Nunca pasa nada* es un pequeño oasis de problemáticas migrantes dentro del desierto narrativo nacional. Porque si en algo debemos incidir aquí es en que la aparición de los y las migrantes en la narrativa actual se limita, casi siempre, a lo que podríamos llamar la *actitud desactivada*: un conjunto de personajes sin voz ni entidad narrativa que funcionan, en muchos casos, como parte del decorado. Ante todo eso, lo que nos preguntamos es: si la literatura no está sirviendo para visibilizar las problemáticas de la migración dentro de las fronteras españolas ni para trasladar sus relatos al papel, ¿se deben buscar alternativas? ¿Ha abandonado la literatura la idea –ya formulada en los años treinta por los escritores proletarios– de ser un repositorio de voces y problemáticas diferentes? ¿Debemos considerar que hay otros formatos cumpliendo este objetivo?

Siguiendo a John Beverley (1993), bien parece que los escasos intentos de representar al/la migrante ecuatoriano no han caído sino en una suerte de «*costumbrismo* of the subaltern» (p. 78), es decir, en la construcción de un relato que le concede cierto protagonismo al subalterno, dándole aparentemente la voz o permitiéndole asumir una visibilidad hasta el momento negada, pero desde una suerte de paternalismo o corrección política que en absoluto empodera a dicho sujeto subalterno. Acaso esto sea así porque, como dice Beverley, «literature is a colonial institution» (p. 2) que no puede sino poner en juego un «vertical model of representation» (p. 17).

En este sentido, creemos que resulta oportuno interpretar esta borradura/invisibilización del/la migrante ecuatoriano en la narrativa española actual a la luz de la noción de «inconsciente colonial» que propuso Edward W. Said (2000) en su estudio de la obra del escritor francés, nacido en Argelia, Albert Camus (pp. 8-9). De la obra de Camus, a Said le llama la atención la infrarrepresentación –cuando no su total ausencia– de los árabes en novelas cuya acción transcurre en Argelia. Los árabes, sostiene Said, cuando aparecen, nunca alcanzan la dimensión plena de personaje y, la mayoría de las veces, incluso «[l']Arabe n'est pas nommé et paraît sans histoire, et bien sûr sans père ni mère» (pp. 8-9). No se trata solamente de que los árabes sean vistos desde una mirada de superioridad, que es la mirada con la que la metrópoli mira a la colonia, sino que, como explica Dominique Eddé parafraseando a Said, «[l]es Arabes n'existent pas, et quand ils existent, ils n'apparaissent que sous la forme d'un brouillard de peuple à la peau tannée [...], ils n'ont pas de nom, pas de visage, pas d'identité singulière» (Eddé, 2017, p. 122). De las veinticuatro veces que aparece la palabra «árabe» en *El extranjero*, ni una sola de ellas aparece acompañada por un adjetivo que nos

permita distinguir entre un árabe y otro; en *La peste*, los árabes aparecen solamente tres veces. La falta de representación de los árabes en las novelas de Camus no es en efecto inocente y por ello requería de un análisis riguroso como el que desarrolló Said, que calificó de «inconsciente colonial» el hecho de que el 40 % de la población argelina no tuviera su reflejo en la novela de su más insigne y celebrado escritor (p. 125).

Lo mismo sucede en la narrativa española de última hora en relación con la inmigración. Frente a la literatura como institución colonial y vertical, creemos, con Beverley, en la necesidad de construir un nuevo modelo de representación horizontal, donde sean los propios sujetos subalternos los que por primera vez cuenten su historia. Bien parece que la literatura, si asumimos que opera de forma vertical, no puede servir para emancipar a quienes se les ha negado la voz; hay que explorar otras formas de representación para que la clase subalterna pueda hablar sin que el medio de expresión (en este caso la literatura) le reste potencial emancipatorio a su discurso. Por eso Beverly titula –y no por casualidad– su libro *Against literature*, porque cree que la literatura ha sido un instrumento clave en la dominación colonial y, en consecuencia, hay que empezar a investigar otras vías, otras formas de discurso, si el objetivo es que los sujetos subalternos se liberen de la explotación. El uso de la palabra no puede ser una concesión de los de arriba, sino un acto de ocupación por parte de las clases subalternas.

Por eso es importante resaltar que, a diferencia de lo que ha ocurrido en España, la migración sí ha ocupado la centralidad literaria en Ecuador. Como señala el novelista ecuatoriano Abdón Ubidia:

Cuando llegamos al fin de siglo, al fin del milenio, parece que llegamos también al fin del mundo. Ecuador sufre una enorme crisis financiera, pierde la moneda nacional, con la devaluación que ello conlleva. En una sociedad tan cerrada, tan estrecha, tan endogámica, tan familiar, como era la ecuatoriana, de pronto, por la crisis, un millón setecientos mil ecuatorianos y ecuatorianas se vieron obligados a emigrar. Las familias monoparentales empezaron a asomar: chicos que vivían solos, sin sus padres, o sin uno de los dos padres, que recibían dinero, y que tenían dinero pero no tenían familia. Hubo mucho sufrimiento. En este contexto surge la nueva literatura ecuatoriana, una literatura que había reflejado hasta el momento fenómenos de migración interna –hemos hablado de personajes que van de la sierra a la costa–, a partir de este momento empieza a tratar el fenómeno de la migración exterior. Cada año salen títulos nuevos sobre cómo afectó a su literatura el fenómeno migratorio. (Becerra Mayor, 2015).

También el cine ecuatoriano ha puesto el foco en la migración. Un claro ejemplo es *Prometeo depor-*

tado (2010), una película dirigida por el guayaquileño Fernando Mielles que muestra el trato que reciben unos migrantes ecuatorianos en un aeropuerto europeo, cuyo nombre nunca se especifica en el filme, que son retenidos durante horas antes de ser deportados. La película, que cuenta en parte la experiencia personal del director, que sufrió lo que padecen los personajes del metraje, muestra cómo en la sala de espera del aeropuerto se va construyendo una comunidad que en ocasiones funciona a la perfección través de las redes de solidaridad que se establecen entre los ecuatorianos retenidos, pero también muestra la fragilidad de estas redes y narra cómo las condiciones de miseria en la que se encuentran y el miedo a no saber qué les va a deparar en las próximas horas provocan que los personajes terminen por actuar obedeciendo sus impulsos más egoístas y sus más bajos instintos para sobrevivir o sobrellevar su recién inaugurada vida –llena de obstáculos– y su nueva condición de migrantes.

Pero estos son relatos que se escriben desde Ecuador. Para lo que a nosotros nos ocupa, nos interesa más observar cómo los migrantes ecuatorianos que viven y trabajan en España han empezado ellos y ellas mismas a contar su propia experiencia, su proceso migratorio. Traemos a colación dos ejemplos: en primer lugar, el de las camareras de piso de España (agrupadas bajo el nombre de Las Kellys) que han tomado la voz –a través de las redes sociales, pero también a partir de un libro colectivo de testimonios– para denunciar las situaciones de acoso y agotamiento laboral que sufren en sus puestos de trabajo. Entre ellas, desde luego, una gran cantidad de mujeres migrantes que –a pesar de esconder en muchos casos su nombre bajo un pseudónimo– narran en primera persona su situación: no solo denuncian el exceso de habitaciones que deben limpiar en temporada alta, sino que ahondan en las consecuencias de todo ello (problemas psicológicos y físicos pueblan cada uno de los relatos). Creemos necesario, por ello, abrir el espectro cultural y contemplar este tipo de representaciones que las migrantes están llevando a cabo en un entramado laboral conflictivo y desde donde, además, están creando comunidad y gestando colectividad junto a la clase obrera española. Libros como *Las que limpian los hoteles. Relatos ocultos de la precariedad laboral* (2015) parecen estar supliendo esa voz casi inaudible del/la migrante que se queda sin aliento dentro de la literatura española. El otro ejemplo claro es el de la película documental *Las que nos fuimos*⁸, producida en 2014 por la Embaja-

⁸ Disponible en Internet: <https://www.youtube.com/watch?v=qWHypetHxY0> El título remite a *Los que se van*, el libro de relatos más significativo de la literatura ecuatoriana de los años treinta,

da de Ecuador en España. El documental recoge el testimonio de ocho mujeres ecuatorianas y pone en el centro de la narración la experiencia de aquellas madres que a finales de los noventa tuvieron que abandonar a sus hijos, en algunos casos recién nacidos, para irse a trabajar a España, huyendo de la crisis. Su historia, contada por ellas mismas, es un claro ejemplo de cómo la clase subalterna toma la voz y se autorrepresenta mientras que la cultura dominante no hace más que negar su existencia por medio de su invisibilización en las ficciones dominantes.

El documental *Las que nos fuimos* representa ese intento de contar la propia historia, la propia vida. La literatura las ha condenado a la inexistencia, pero ellas han decidido tomar la palabra y contar su historia. Además, por el hecho de ser un documental protagonizado por mujeres, es muy representativo de la migración ecuatoriana, ya que:

La feminización [...] es otro de los rasgos [característicos de la emigración ecuatoriana]. En el caso de Ecuador, el 47 % de los emigrantes son mujeres, un elevado porcentaje que quizá se explique porque para ellas emigrar representa la posibilidad de mejorar sus condiciones materiales de vida y les brinda la posibilidad de conseguir mayor autonomía, más poder de decisión en su entorno social y, en muchos casos, salir una de una situación de violencia familiar. (Guedán y Plaza, 2008, p. 73).

Las que nos fuimos habla del derrumbe de sus proyectos de vida en Ecuador tras la crisis y la acumulación de deudas, de la idea de que la estancia en España iba a ser breve, transitoria, del dolor que implica separarse de sus hijos, del descubrimiento de que tras el «sueño dorado» que creían que era España no se escondía sino la pesadilla de la precariedad y de la realización de trabajos de menor cualificación que la que tenían en su país, de la vida sin papeles, de la desesperación o la depresión por estar lejos de su familia, o de la desesperanza de sufrir una nueva crisis, la española, el paro y la dificultad de pagar la hipoteca. Pero el documental habla también de cómo este segundo golpe, en vez de derrumbarlas definitivamente, provoca la elevación de su conciencia: se empoderan y empiezan a participar en los movimientos sociales que se forman en España tras la crisis y el 15M, especialmente en la PAH (Plataforma de Afectados por la Hipoteca), una vez se encuentran en riesgo de perder la casa que, con tanto esfuerzo, habían comprado en los tiempos de la burbuja y los excedentes.

firmado por tres de los más importantes miembros del Grupo de Guayaquil: Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta.

Esta historia es la historia de muchos, pero esos muchos y muchas no han aparecido apenas en las páginas de la literatura española. Sin embargo, aunque la literatura no sirva para contar su tragedia –la tragedia de los sujetos subalternos–, es posible escuchar su voz a través de otros canales de expresión, los que ellos y ellas mismas han construido para legitimar su lucha, para hacer oír su voz, para empoderarse. Pero ante esto no podemos sino preguntarnos: si la literatura no es capaz de hacerlo, entonces, ¿para qué sirve la literatura?

Fuentes y bibliografía

- Acosta, A. (2015): «El aporte de las remesas para la economía ecuatoriana», en *Expert Group Meeting on International Migration and Development in Latin America and the Caribbean*, pp. 1-29.
- Aramburu, F. (2016): *Patria*. Barcelona: Tusquets.
- Arboleda, Marta Lucía (2016). «Trabajando como interna he aprendido que las familias más ricas no son las más felices», en *El País*, 3 de diciembre. Disponible en Internet: http://verne.elpais.com/verne/2016/12/02/articulo/1480642322_015605.html (consultado el 12 de mayo de 2017).
- Becerra Mayor, D. (2013): *La novela de la no-ideología*. Madrid: Tierradenadie.
- (2015). «Conversación con Abdón Ubidia. Un paseo por los territorios de la literatura ecuatoriana: cuando el canto se convierte en llanto», en *Crónica Popular*. Disponible en Internet: <http://www.cronicapopular.es/2015/06/conversacion-con-abdon-ubidia-un-paseo-por-los-territorios-de-la-literatura-ecuatoriana-cuando-el-canto-se-convierte-en-llanto/> (consultado el 7 de febrero de 2017).
- Beverly, J. (1993): *Against Literature*. University of Minnesota Press.
- Brah, A. (2001): «Re-framing Europe: gendered racisms, ethnicities and nationalisms in contemporary western Europe», en Janet Fink, Gail Lewis y John Clarke (eds.): *Rethinking European Welfare. Transformations of Europe and Social Policy*, pp. 207-231. The Open University.
- Cañada, E. (2015): *Las que limpian los hoteles, historias ocultas de la precariedad laboral*. Barcelona: Icaria.
- Correa, R. (2014): *Ecuador: de Banana Republic a la No República*. Bogotá: Random House Mondadori, 2009.
- De la Torre Arauz, P. (2014): «Rafael Correa: constructor del Estado», en Jorge Sánchez Núñez (coord.): *Ecuador. Revolución ciudadana y buen vivir*, pp. 53-101. Barcelona: Yulca.
- Eddé, D. (2017): *Edward Said, le roman de sa pensée*. París: La Fabrique.
- Epps, B., Valens, K., y Johnson Gonzalez, B. (2005): *Passing Lines. Sexuality and Immigration*. Harvard University.
- Federici, S. (2013): *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- González, J. (2017): «Correa se acercó a migrantes en España e Italia», en *El Comercio*, 30 de enero. Disponible

- en Internet: <http://www.elcomercio.com/actualidad/rafaelcorrea-migrantes-espana-italia-viaje.html> (consultado el 7 de febrero de 2017).
- Goepgui, B. (2007): *El padre de Blancanieves*. Barcelona: Anagrama.
- Goytisoló, J., y Nair, S. (2001): *El peaje de la vida. Integración de la emigración en España*. Madrid: Santillana.
- Guedán, M., y Plaza, C. (2008): *Autorretrato del Ecuador*. Universidad de Alcalá de Henares.
- Harnecker, M. (2011): *Ecuador. Una nueva izquierda en busca de la vida en plenitud*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Hochschild, A. R. (2003): *La mercantilización de la vida íntima*. Buenos Aires: Katz.
- Kunz, M. (2002): «La inmigración en la literatura española contemporánea. Un panorama crítico», en Andrés-Suárez, I., et al. (eds.): *La inmigración en la literatura española contemporánea*, pp. 109-136. Madrid: Verbum.
- Larrea, C. (2003): *Pobreza, dolarización y crisis en Ecuador*. Quito: Abya Yala.
- Las que nos fuimos* (2014). Embajada de Ecuador en España. Película.
- Lindo, E. (2005): *Una palabra tuya*. Barcelona: Seix-Barral.
- Mainer, J. C., y Julià, S. (2000): *El aprendizaje de la libertad. La cultura de la Transición*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez, G. (2012): *CT o la Cultura de la Transición*. Madrid: Debate.
- Mesa, S. (2015): *Cicatriz*. Barcelona: Anagrama.
- Núñez Sánchez, J. (2014): «Ecuador: de la gran crisis a la revolución ciudadana, 1999-2014», en Jorge Sánchez Núñez (coord.): *Ecuador. Revolución ciudadana y buen vivir*, pp. 13-52. Barcelona: Yulca.
- Orihuela, A. (2018): «El traje nuevo del emperador. Endogamia, nepotismo, clientelismo, ídolos y mitos en la trastienda de la poesía española contemporánea», en Alberto García-Teresa (ed.): *El verso por asalto. Poesía, desobediencia y construcción antagonista*. Madrid: Tierradenadie Ediciones.
- Ovejero, J. (2007): *Nunca pasa nada*. Madrid: Alfaguara.
- Pardo, C. (2014): *El viaje a pie de Johann Sebastian*. Cáceres: Periférica.

- Prometeo deportado* (2010). Dirigida por Fernando Mielles. Película.
- Romero, E. (2016): *En mar abierto*. Oviedo: Cambalache.
- Rosa, I. (2015): «Y pese a todo, necesitamos más novelas sobre la Guerra Civil», en Becerra Mayor, D.: *La Guerra Civil como moda literaria*, pp. 9-14. Madrid: Clave Intelectual.
- Said, E. W. (2000): «Albert Camus, ou l'inconscient colonial», en *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 560, pp. 8-9. Disponible en <https://www.monde-diplomatique.fr/2000/11/SAID/2555> (consultado el 12 de mayo de 2017).
- Sánchez Arcos, C. (2015): «Los que llegan. Apuntes sobre la migración de poblaciones ecuatorianas hacia España», en *Congreso Moviéndonos. Una aproximación a las migraciones humanas*, 12 de noviembre. Museo de Antropología de Madrid.
- Solé, C. (2011): *Inmigración y ciudadanía*. Barcelona: Anthropos.
- Sorel, A. (2000): *Las voces del Estrecho*. Buenos Aires: Munchnik Editores.
- Terrasa, R. (2014): «¿Merece España la pena?», en *El Mundo*, 10 de julio. Disponible en Internet: <https://www.elmundo.es/comunidad-valenciana/2014/07/09/53b9227122601df21c8b4574.html> (consultado el 4 de marzo de 2017).
- Vega-Durán, R. (2016): *Emigrant Dreams, Immigrant Borders. Migrants, Transnational Encounters, and Identity in Spain*. Bucknell University Press.
- VV. AA. (2015): *La población de origen ecuatoriano en España. Características, necesidades y expectativas en tiempos de crisis*. Madrid: Embajada de Ecuador en España.
- Wolfe, R. (2001): *El invento*. Málaga: Cuadernos de Trinacria.
- Žižek, S. (1997): «Multiculturalism or the Cultural Logic of Multinational Capitalism», en *New Left Review*, 225, pp. 28-51.
- Zovko, M. (2009): «La imagen del inmigrante en la novela española actual», en *Otras modernidades*, 2, pp. 163-172.